



Fernando Curiel Defossé

“Imaginar la realidad”

p. 167-186

El historiador frente a la historia
Historia y literatura

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

190 p.

(Serie Divulgación 3)

ISBN 968-36-8134-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/375/historia_literatura.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



IMAGINAR LA REALIDAD

FERNANDO CURIEL DEFOSSÉ*

CAPÍTULO UNO

En carne propia

El año de 1981, señoras, señores, colegas, publiqué una novela, de inepto título, en la que jugué el juego que este ensayo proclama: imaginar la realidad.

¿Qué realidad? ¿Toda?

No. Una parte tan sólo. La realidad política. Y no está por demás recordar que, a la sazón, la crisis que hoy reconocemos nacional mostraba, casi en exclusiva, un perfil: el pecuniario (se hablaba, recuerdo, de insignificantes problemas de caja).

Manuscrito hallado en un portafolios,¹ así se llama la novela susodicha, respondía a una interrogante y descansaba en un determinado método de elaboración.

La interrogante: ¿qué pasará en nuestro país cuando los resortes del sistema se herrumbren del todo (no sólo chirrién) o, de plano, se rompan en pedazos (no sólo se tensen al límite)?

El método: redactar primero (dos horas a partir del alba); cotejar después (fuentes principales: dos o tres periódicos, noticieros radiofónicos, mentideros).

Confieso, sin embargo, que si la interrogante era (y me temo, es) incuestionable, el método estaba lastrado por una añagaza. De lo que el novelista quería escribir era, ni más ni menos, que de una

* Instituto de Investigaciones Filosóficas, Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Fernando Curiel, *Manuscrito hallado en un portafolios*, México, Oasis, 1981.

extremosa hipótesis constitucional: el Estado de Emergencia, la suspensión de garantías.

Sea como fuere, tendencioso y todo, el experimento, la ficción antes que el suceso, la luz antes que el faro, se condujo hasta sus consecuencias últimas. En *Manuscrito hallado en un portafolios*, la irrupción de una guerrilla descompone la paz institucional; el presidente de la República, no sin vampirizar la sangre de la oposición de izquierda, alza la bandera de la Revolución Rediviva (la mexicana, por supuesto); el Poder Legislativo le aprueba el Estado de Emergencia.

Luego de peripecias sin fin, a cada momento más veloces (técnica del precipitado), la novela termina con la comparecencia ante las cámaras, las legislativas y las televisivas, ambas decisivas, del presidente Amadeo Arizpe.

(Me) cito.

Desvelado, un tanto poseído, Amadeo Arizpe nos pide a través del Congreso de la Unión un periodo de receso democrático, el tiempo, el periodo que el Estado precisa para recobrar su papel de gestor de la patria, la patria menesterosa. El poder público no sólo dimana del pueblo sino que se constituye en beneficio suyo, dice Arizpe citando el artículo 39. Nos pide la última reforma posible, la acción emergente, poderosa, incontestable del aparato público. Y si el pueblo era el fin único, y el Estado su servidor, la norma era la Constitución de 1917. Sólo nos pedía tiempo y condiciones para aplicarla radicalmente, en su letra y en su espíritu. Pero aplicarla sin libertad, como se violó en la democracia.

Con la venia de ustedes, sigo leyendo:

El día de hoy tuvimos alimentos baratos porque el Ejército incautó las cosechas del Norte y del Bajío. Tiempo y sacrificio para hacer frente a los enemigos de dentro y de fuera. Nos decía a través del Congreso [...], que no bastaba salir al paso, pueblo en armas, a la conjura, a la asquerosa traición de Olmos y los suyos (Fernando Olmos, aclaro, empresario norteno, encabeza un movimiento separatista), vendepatrias, miserables colonizados. No. Había que tocar al mismo tiempo fondo. Era la entera patria, no únicamente dos miembros suyos, Nuevo León y Tamaulipas, la que vacilaba al borde del abismo. La tierra sería de quien la trabajara. El trabajador sería el primero, no el último, de los ciudadanos.

Cierro la cita:

A la insurrección del Noroeste se la apagaría de un momento a otro. Pero, ¿el fuego que va consumiendo por dentro a la patria? Arizpe hizo a un lado las grandes frases y pasó a la específica solicitud. Suspensión, por doce años, de aquellas garantías individuales que obstaculicen la aplicación de las garantías sociales.

CAPÍTULO DOS

Donde concluye el anterior

Pero, ¿realmente termina *Manuscrito hallado en un portafolios*? Gastón García Cantú, uno de sus lectores, al presentarlo, sostiene que no. Que la novela se le va de las manos porque la conjetura no corresponde a la literatura sino “a la vida cotidiana o a la política”.

Han transcurrido diecisiete años.

¿Qué saldo arroja la comparación entre la prosa de la novela y el texto del acontecer político mexicano, un acontecer mínimamente abigarrado, vertiginoso, a ratos inédito y a ratos pleonástico, tan épico como picaresco?

No lo pienso dos veces: negativo. Saldo negativo.

Permítaseme, para demostrarlo, llamar *teoría* a mi novela y *praxis* a lo sucedido de 1981 a un año, éste, de 1998, ya consumido en casi su mitad.

En la *teoría*, los primeros disparos suenan en el Altiplano, con ecos en el Noroeste; en la *praxis*, en el Sureste. En la *teoría*, Amadeo Arizpe ignora al México profundo; en la *praxis* lo indio, lo indígena, prima. En la *teoría*, dos estados del Noroeste declaran su independencia; en la *praxis*, surgen los municipios autónomos. En la *teoría*, el desarreglo de la clase política apenas se cobra la vida de un subsecretario; en la *praxis*, se apunta (y dispara) a lo más alto. Etcétera, etcétera.

Reconozco, sin embargo, un pasaje en el que la *teoría* triunfa sobre la *praxis*. El proceso de la narración novelesca reclama, de pronto, una reforma que actualizara el precepto constitucional que sanciona el Estado de Emergencia, pues su redacción procedía de la Constitución de 1857. Hablo del artículo 29. Uno, dos días más tarde,



los periódicos de la ciudad de México recogen, discretos, la noticia de que el presidente José López Portillo había enviado al Congreso la iniciativa de reforma constitucional que ponía al día el artículo de marras. Aunque la convocaba día a día, no poca fue mi sorpresa.

En ambas versiones, el presidente de la República es el único facultado para solicitar la suspensión de garantías. Pero si en la vieja redacción, la de 1857, sólo requería “el acuerdo del Congreso de Ministros”, en la nueva, la de 1980, se exige el de los titulares de las secretarías de Estado y de los departamentos administrativos y el de la Procuraduría General de la República. En uno y otro texto, la aprobación corresponde al Congreso de la Unión y se señala que la suspensión de garantías únicamente procede en los siguientes casos: invasión, perturbación grave de la paz pública o cualesquiera otro que ponga a la sociedad en grave peligro.

¿Qué experiencia fue, a la postre, aquella que ahora memoro?

Sin reconcomio alguno de novelista sobrepujado por los hechos, caigo en la cuenta de que lo que en verdad pretendí, a principios de los ochenta, fue adivinar, prever, anticipar los rumbos de una crisis que a todas luces no se limitaba a la economía.

Ahora bien: la anticipación propone, salvo contadas excepciones, el más sencillo (y estrecho) de los mecanismos para imaginar la realidad.

Cuestión de pulso, de puntería; de dar en, o cerca del, blanco. Algún día futuro. O nunca.

¿Estados Unidos, como lo daba por sentado en 1981, invadirá Centroamérica? ¿Algún estado fronterizo repetirá la experiencia texana? ¿Nos despertaremos un día con el Estado de Emergencia? Averígüelo Vargas. Una anticipación semejante poco imagina la realidad. Por el contrario, o la caricaturiza o, de plano, la obscurece.

¿Tiene remedio alguno *Manuscrito hallado en un portafolios*? Digamos que sí. Aunque a condición de aceptarse como una novela que, en vez de anticipar la realidad política mexicana, fue, a la postre, imaginada por ella. De suerte que una hipotética nueva edición deberá sembrarse de comentarios que lo ya ocurrido le hace a la ficción. Algo así como N. de la R. *Nota de la Realidad*.

CAPÍTULO TRES

Voces aparentemente opuestas

¿Quiere lo anterior decir que el camino auténtico para imaginar la realidad es el que se hunde de lleno en los parajes del pasado, remoto o reciente, tan remoto como el origen humano o tan reciente como las primeras horas de este martes de un junio tórrido?

Empecemos por el principio filológico.

La *imaginación* significa:

O la facultad del alma que representa las imágenes de cosas reales o ideales.

O la aprehensión falsa, o juicio y discurso de una cosa que no hay en la realidad o que no tiene fundamento.

O la imagen formada por la fantasía.

Y lo *real*, a su vez, traduce:

Aquello que tiene existencia verdadera y efectiva.

De lo que resulta que, frente a la realidad, la imaginación puede tomar dos posturas. Una falsa y otra legítima. La primera se afana, discurre, en el vacío: fantasea sin fundamento. La segunda representa lo real o lo ideal imaginado. Porque de la misma manera que hay una realidad a secas, palpable, hay una realidad imaginada (que no, exactamente, imaginaria).

Sigo desbrozando.

Aunque auténticas una y otra, la realidad real y la realidad imaginada, distintos son, empero, sus medios de abordaje y de comprobación. Instrumentales, inmediatos, los correspondientes a la primera categoría; simbólicos, mediatos, los de la segunda.

¿Simplificamos, acaso, la operación, para el conocimiento y la certificación de la realidad real? Todo lo contrario. Lo que sucede es que, mientras en lo que toca (y casi de tocamientos se trata), a la realidad real, la experiencia procura eliminar toda mediación, en lo relativo a la realidad imaginada, la mediación tiene carácter consustancial. Mediación, ante todo, del discurso.

Me valgo de ejemplos.

Con el fin declarado de experimentar la real realidad, una organización norteamericana denominada Global Exchange, se abren comillas:

ofrece lo que se llama Reality Tours, que son una forma alternativa de viajar e ir más allá de lo que se lee en los periódicos, más allá de hoteles y playas.²

En uno de tales viajes, etiquetado “Tierra y Libertad”, trece estadounidenses, una china, un peruano-norteamericano, un irlandés y un mexicano-norteamericano recorrieron Chiapas del 20 al 26 de marzo pasado. Los buscadores de realidad visitaron municipios declarados autónomos (sin faltar Chenalhó y Zinacantán) y se entrevistaron con personajes de la Comisión Nacional de Intermediación, del Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas, de Enlace Civil y de la Casa del Pueblo de la Organización Campesina Emiliano Zapata. La oferta incluyó sendas entrevistas con un Comandante del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y un defensor de presos políticos. Tarifa: 815 dólares.

Convendrán ustedes con el sustentante que Reality Tours enrostra una realidad hiper/real, directa, de primera mano, en bruto. Y que no menos directo, *face to face* digamos, epidérmico también, es su modo de actuar. Existe una realidad. El *quid* es cómo, sin intermediación, conocerla.

Otro es el enfoque si interviene el discurso.

Llamo, a esta página, a José Pla, escritor, aunque pegado a la tierra, escéptico en lo que se refiere a la naturaleza del acontecer, de la vida, de la vida real en suma.

En las “cuatro palabras” que preceden su novela *La calle estrecha*, afirma:

El solo hecho de que el público crea que las novelas deben tener argumento, no quiere decir ni mucho menos que existan argumentos en la

² Norma de la Vega, “Por 815 dólares, Global Exchange ofreció un recorrido de siete días por la realidad de Chiapas, para difundirla”, en *Proceso*, n. 1118, 5 de abril de 1998, p. 12-13.



vida. Esta necesidad del público es lo que demuestra que la vida, llevada al terreno literario, es una segregación informal y caótica de imágenes. La fatiga que produce este caos incesante e incomprensible es lo que hace desear una ordenación y una coherencia, aunque sean artificiales, arbitrarias y completamente inverosímiles. El bosque siempre enerva un poco. El jardín es más lógico y de mayor placidez. La característica de la vida viene definida por su insobornable variedad. Por eso hablamos siempre de la unidad como de un paraíso perdido en una lejanía tan remota que nos deja desolados.³

En otro de sus libros, el extraordinario *El cuaderno gris*, Pla va más allá. Llama, a las novelas, “literatura infantil de las personas mayores”. Las novelas, añade, hacen el mismo efecto en los mayores que en los niños los cuentos: conocer un desenlace. Siendo que

en la vida no hay nada que se acabe, si no es por muerte o por olvido. Pero las novelas no suelen acabar de esta manera. Las novelas aspiran a demostrar una cosa u otra —generalmente la grandeza de la moralidad triunfante en cada momento. Creo que las siete u ocho novelas que forman las obras maestras de esta clase de literatura ganarían si no tuviesen fin.⁴

Hasta aquí Pla.

¿Sálvase la historia, ciencia de la realidad, pero discurso a fin de cuentas, de tales limitaciones? ¿La historia, pese a la mediación de la palabra, sí exhuma la realidad que la novela somete a artificio y arbitrariedad? O, más bien, ¿ambas imaginan la realidad toda vez que tanto lo real del novelista como lo real del historiador carecen de argumento?

Veamos.

³ José Pla, *La calle estrecha*, traducción de Néstor Luján, Barcelona, Ediciones Destino, 1997, p. 10.

⁴ José Pla, *El cuaderno gris*, traducción de Dionisio Ruidejo, Barcelona, Ediciones Destino, 1997, p. 620-621.



CAPÍTULO CUATRO

Entrada en materia

Una tradición que no me detengo a sustentar (cuándo, quién primero y quiénes después, dónde) ha decretado que la jurisdicción de la realidad real le corresponde a la historia y la jurisdicción de la realidad imaginada a la literatura.

El historiador reconstruye, el literato intuye; el historiador maneja datos, masas documentales, el literato pulsiones; el historiador teje, el literato deshila; el historiador demuestra, el literato prestigita.

Etcétera, etcétera.

Lo indudable es que a uno y otro oficio se les reconocen diversas manipulaciones de la realidad. Más: mientras la historia se quiere ciencia, esto es, proceso de construcción de verdades probadas que llevan a otras, la literatura exalta la obra única: irrepetible. No hay dos *Pedro Páramo*. Cuatro siglos después, *El Quijote* sigue cabalgando en la punta de un pelotón selecto.

Divorcio, divorcio total.

Si acaso, concédese que la literatura tiene el carácter de fuente para la historia o, incluso, de texto parahistoriográfico. O que la historia, con meros fines de eficacia comunicativa, recurre a procedimientos propios de la hechura literaria. O que una rama de la crítica literaria puede considerarse histórica al estudiar las obras literarias en función del contexto sociocultural en que fueron producidas.

El lugar de la literatura es el arte; el de la historia, la ciencia social.

Aquí, un lenguaje. Allá, un saber casi exacto. En medio, una estricta frontera. Y mientras el lenguaje, el novelesco sobre todo, sufre profundas crisis, hasta el extremo de sospecharse o decretarse una y otra vez su muerte, el saber goza día a día de mayor certidumbre, tendencia que alcanza su máximo registro con la llamada historia económica. Apolo y Clío en lo suyo. Diverso.

Lo de la muerte de la novela no es cosa de las primeras décadas de este siglo menguante, de las sacudidas producidas por Marcel



Proust y James Joyce (por citar dos casos límite). No. Hace unas semanas, Antonio Tabucchi, cuya presentación universitaria sobra a todas luces, se deja recibir una carta que le dirige una remitente cuya primera letra es la *l* y la última, la *a*. Sí: Literatura.

Dueña de una edad por demás “respetable”, aproximadamente 4 500 años, Literatura elige a Tabucchi por sus referencias de persona sensible, humanitaria, que incluso acepta “firmar los manifiestos de los llamados intelectuales”. Su misiva relata las veces que, sobre todo a lo largo de este siglo, se la ha dado por finada. Así, quéjase de Filippo Tomasso Marinetti y su *Manifiesto futurista*; de quienes la arrinconaron al papel de servidora de la Historia (“mi prima..., esa chica tan caprichosa”); de las neovanguardias de los años sesenta que se atrevieron a celebrar sus funerales (menos mal que Latinoamérica la asiló); de hermenéuticas como el Estructuralismo, la Narratología y la Semiología que han desmenuzado su cuerpo cual si de una autopsia se tratara. Ahora mismo, quéjase, en Europa toda corre de nuevo el rumor de su muerte. Para no ir más lejos, en Italia, la tierra del destinatario, se abren comillas:

después de que una estudiosa haya osado poner en duda la grandeza de Italo Calvino [...], un ilustre crítico literario (historicista, por lo demás) ha saltado a la palestra afirmando que después de Calvino, yo había muerto. Imagínese.

Cito la parte final de la carta:

Estimado señor, yo soy vieja y estoy cansada, no me dirijo a usted en busca de salvación; al contrario, le pido un acto de piedad casi cristiano. Escríbalo. Que me dejen morir en paz. Quienes tanto desean mi muerte pueden arrancar los tubos de este mísero oxígeno que aún me mantiene con vida. Sólo pido una serena eutanasia.

Reciba el agradecimiento y la devoción de su

Literatura.⁵

Se cierran comillas.

⁵ Antonio Tabucchi, “De parte de nuestra futura difunta”, en *El País Semanal*, Madrid, n. 1123, domingo 5 de abril de 1998, p. 8.



Aclaración obligada.

La prima “caprichosa” que Literatura maltrata es el acontecimiento, no su relato. A quien la remitente de Tabucchi aporrea es a la *History*, no a la *Story*. Entendida esta última como la narración de sucesos en una secuencia temporal: elemento común de novelas, cuentos, obras de teatro, películas, poemas épicos, alegorías, etcétera.

CAPÍTULO CINCO

La misma suerte

Sin ignorar, claro está, algunas tormentas que pasajeramente se posaban sobre el taller del historiador, ni dichos como el de Edmundo O’Gorman en el sentido de que el historiador debe erigirse en defensor de los muertos acusados por la posteridad, el de la voz creyó, por mucho tiempo, a pie juntillas, todos los párrafos arriba apuntados. Vaya: que en tanto la novela (lenguaje) vivía con el ¡Jesús! en la boca, la historia (saber) gozaba de salud galopante.

Pero de pronto, allá por los setenta, el piso empezó a moverse. La historia, como la novela, llamaba a la sospecha.

Un ejemplo al canto. Abrumador.

Los títulos de los libros y ensayos de Hayden White encierran ya un manifiesto o, si se prefiere, una provocación. Y no me refiero tan sólo a su *Metahistoria*. No. Hablo, asimismo, de “El valor de la narrativa en la representación de la realidad”, “La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual”, o “El texto histórico como artefacto literario”, por citar los títulos más llamativos.

Libros y ensayos en los que abundan aspectos tales como: poética de la historia, historia real, trama, estilos historiográficos, narrativa, discurso histórico que narra, discurso histórico que narrativiza, y paro (por esta ocasión) de contar. Aspectos, categorías si me apuran, más del lado del arte literario que de la ciencia historiográfica; pero a los que, apunta White, no se les ha prestado adecuada atención. Abro comillas y traduzco con libertad:

Pero hay un problema que ni los filósofos ni los historiadores han observado seriamente y al que los teóricos de la literatura le han prestado sólo pasajera atención. Esta cuestión concierne al *status* de la narrativa histórica, considerada puramente como un artefacto verbal propuesto a ser un modelo de estructura y proceso del pasado y no sujeto a controles ni de experimentación ni de observación. Esto no quiere decir que los historiadores y los filósofos de la historia fallaran en advertir la naturaleza esencialmente provisional y contingente de la representación histórica y de su susceptibilidad para una infinita revisión a la luz de nuevas evidencias o más sofisticadas conceptualizaciones de problemas.

Prosigo la libérrima traslación:

Una de las marcas de un buen historiador profesional es la consistencia con la que previene a sus lectores sobre la naturaleza puramente provisional de sus caracterizaciones de eventos, agentes y agencias encontrados en el siempre incompletado expediente histórico. No que los teóricos literarios no hayan estudiado la estructura de las narraciones históricas. Pero en general ha habido una reluctancia a considerar las narraciones históricas como lo que más manifiestamente son: ficciones verbales, contenidos de lo que es tan inventado como encontrado y cuyas formas tienen más en común con sus contrapartes en literatura que con las de ciencias.⁶

¿Cómo sorprendernos, entonces, de que el autor en cita hable también de una naturaleza preconceptual y específicamente poética de las categorizaciones históricas, médula de su celeberrima *Metahistoria*? ¿Que sostenga a los cuatro vientos que la historia se escribe como romance, como tragedia, como comedia o como sátira o, simplemente, no se escribe?

Aunque White hace bien en reconocer que los teóricos literarios sí se han ocupado de las narraciones históricas. Tal es el caso, por ejemplo, entre nosotros, de Alfonso Reyes. En su incomprendido y desatendido y monumental *El deslinde*, don Alfonso dedica toda una parte a la tríada formada por la historia, la ciencia de lo real y la literatura. Les recuerdo, de paso, su postura teórica. Abro comillas:

⁶ Hayden White, "The historical text as literary artifact", en *Topics of discourse*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 1985, p. 82.



Contemplemos el enfrentarse de la mente con la realidad. De modo sumario [...] podemos decir que cuando la mente se planta ante sus datos investigando la esencia absoluta, tenemos la teología; cuando investiga el ser, tenemos la filosofía; cuando investiga el suceder, la historia y la ciencia; cuando expresa sus propias creaciones, la literatura.⁷

Cierro comillas. Y continúo.

CAPÍTULO SEIS

En carne ajena

La sospecha sobre el carácter, más que narrativo fabuladorio, de la historiografía, me sorprendió muy adentrado en mis estudios sobre un autor y una camada no sólo históricos (y hasta medio legendarios) sino, de plano, proclives a la escritura de la historia. Hablo de Martín Luis Guzmán; hablo de la generación del Ateneo de la Juventud. Esto de una común e intencionada escritura de la historia no es un mero decir. Antonio Caso historia la filosofía occidental; Isidro Fabela, la diplomacia carrancista; Carlos González Peña, la literatura mexicana; Julio Torri, la literatura española; Pedro Henríquez Ureña, la cultura de nuestra América; Luis Castillo Ledón, al insurgente padre Hidalgo; Alfonso Reyes, lo humano y lo divino.

¿Y don Martín no hace lo propio con el pasado nacional, principalmente con la Revolución Mexicana?

Sitúo la cuestión.

Para algunos, Guzmán es maestro del decir y del conocer la realidad. Para otros, únicamente de lo primero (el decir). A la primera visión, llámola tradicional; a la segunda, iconoclasta. Según la visión tradicional, nadie como él ha llevado tan lejos el escenario y las figuras de la Revolución (esto con olvido de que la mirada del autor también penetra el siglo XIX y el porfirismo). Según la visión iconoclasta, don Martín incurre en la subjetividad o en la franca parcialidad (y aunque se le reconoce su poderío literario, desdénasele por anticuado).

⁷ Alfonso Reyes, *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, t. xv, 1963, p. 70.

De tal suerte que una cosa es la grandeza literaria de *El águila y la serpiente*, *La sombra del caudillo* o *Memorias de Pancho Villa* y otra, muy diferente, que así hayan sido en realidad (la realidad real), la Revolución de 1914, la disputa del poder revolucionario en los veinte, o Doroteo Arango. Advértesenos: ¡Cuidado! ¡Atención! ¡No crean al fementido Martín Luis Guzmán! (invitación, en el fondo, con algún fruto, a no leerlo).

Mentiría si dijera que estas cuestiones no me ahuyentaron durante meses el sueño. ¿Son falsificados los retratos de Venustiano Carranza y Álvaro Obregón? ¿Vil mentira las páginas dedicadas a la Soberana Convención de Aguascalientes? ¿Así no hablaba el Centauro del Norte? ¡Cómo no iba a perder el sueño si, justamente, agotado ya el tema de ensayista,⁸ afanábame, en el discípulo de Clío, el Guzmán obsesionado (y vaya si lo estaba) por el proceso de la historia nacional a partir de la Independencia!⁹

Tranquilizador fue, por eso (¡cómo negarlo!), el toparme de brucos con planteamientos como los de White que, desde el mismísimo taller del historiador, hasta entonces apacible, ponían en tela de juicio la objetividad de la historia (para no hablar de su índole o pretensión científica).

Resultaba, señoras, que las crisis que periódicamente azotaban a la literatura ahora campeaban por sus fueros en la historia (ese saber del pasado). Resultaba, señores, que la historia o cubría una intención política o simplemente inventaba a su sabor el pasado. Resultaba, colegas, que tampoco la historia era dueña de un principio, un medio y un fin. No de manera natural. Artificial, sí. Como nos dice José Pla que pasa en la literatura.

La pregunta surgió sola en el papel: si el historiador profesional sesga, fabula, actúa al calor de los intereses meta/académicos, ¿cómo descalificar impunemente a novelistas de la estirpe de Guzmán, de Mariano Azuela o de Rafael F. Muñoz, aunque hiperrealistas, desprovistos de las técnicas, los métodos, los instrumentos y aun las comodidades de los que se vale el historiador para reconstruir el

⁸ Fernando Curiel, *La querrela de Martín Luis Guzmán*, 2a. edición revisada y ampliada, México, Ediciones Coyoacán-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1993.

⁹ Si no por toda la historia nacional, sí por el largo trecho que va de la Independencia a la Postrevolución.

acontecer? ¿Cómo descreer de unos y creer a otros si ambos, el novelista y el historiador, suplantán (por decir lo menos) la realidad?

Tal fue el ánimo justiciero con el que redacté mi tesis doctoral, todavía inédita. Ánimo que me llevó a inventar no sólo que Guzmán sobrevivía al ataque cardíaco que lo aniquiló en 1976 sino que yo conseguía entrevistarle, años después, puesta ya en duda la veracidad estricta de la escritura de la historia. Permítaseme la lectura de las preguntas preparadas.

¿No estimase usted mismo historiador antes que simple cronista, novelista o biógrafo? ¿Al escribir sus libros, reflexionó sobre su índole avasalladoramente histórica o ésta se tradujo para usted en una sorpresa? ¿Ha leído usted a White y a Chesneaux, tiene noticia de Certeau? ¿Cree usted con el primero que la historia es una prefiguración o recapitulación del pasado en una poética, o con el segundo que es una apropiación o recapitulación del pasado en un poder, o con el tercero que es una invención o recapitulación del pasado en un saber? ¿Por qué abandonó su proyecto de novela maderista emprendido en 1915? ¿Existe o no una continuación de su biografía de Javier Mina? ¿Por qué no siguió adelante con la de fray Servando Teresa de Mier, personaje al que también le tenían puesto el ojo Alfonso Reyes y Genaro Estrada? ¿Qué me puede decir de las anunciadas verdaderas memorias de Adolfo de la Huerta, de las prometidas nuevas “muertes históricas”, de la o las siguientes partes de *Febrero de 1913*? ¿Escribe usted sus propias memorias? ¿El doctor Dussart, que intenta burlar a la “bella espía” huertista en *El águila y la serpiente*, es el mismo doctor Felipe Dussart de *Memorias de Pancho Villa*? ¿Faltó usted a la confianza que le depositara, a finales de 1914, el jefe de la División del Norte? ¿Por qué usted, anticarrancista, vuelve a prestar sus servicios, en 1919, 1920, al general Ramón F. Iturbe, carrancista? ¿Tuvo previa noticia Alberto J. Pani de que usted publicaría la renuncia de Adolfo de la Huerta al gabinete de Obregón en septiembre de 1923? ¿Qué papel desempeñó realmente el mexicano Guzmán en la Segunda República Española? ¿Pensaba usted sinceramente regresar a México en 1936? ¿Es verdad que prepara una *Historia de la Revolución Mexicana*? De ser así, ¿con qué fuentes, método, enfoque?, ¿historia oficial o historia de las revoluciones perdedoras en las que usted participó? ¿Sigue pensando que el



Movimiento de 1968 fue una conjura de algunos intelectuales contra México?

Hasta aquí la imaginada entrevista.

CAPÍTULO SIETE

Como anillo al dedo

¿El autor de *Febrero de 1913* se limita a transcribir la realidad o la imagina?

Para responder, permítaseme recabar el parecer de... José Revueltas. Máxime que el paso del tiempo, y la contundencia de la muerte, han mitigado el desencuentro de ambos, fruto de sus antagónicas posiciones ante el 68 (Revueltas teorizando el movimiento, Guzmán legitimando la represión).

Pasemos al previo octubre, el de 1967. En el marco de las celebraciones de los ochenta años de don Martín, el autor de *El luto humano* problematiza las relaciones signo/referente. O prosa guzmaniana y revolución.

¿Basta la fidelidad, el reflejo?

En modo alguno.

Si de eso se tratara, cito:

la obra de Martín Luis Guzmán no pasaría de ser una referencia, una data o una fuente informativa, nada más.¹⁰

Ahí están, sí, en su obra, la anécdota, el tópico, la circunstancia. Pero trascendidos. Guzmán escribe inscribiéndonos en lo universal. Sus personajes históricos se transmutan en personajes novelísticos: más vivos, más reales, de mayor profundidad y verismo. El personaje concreto, originario, se transfigura en otro. Digamos que la novela escapa al hoyo negro de la realidad política y revolucionaria.

Enorme es la admiración de Revueltas por don Martín. Abro comillas:

¹⁰ José Revueltas, *Visión del Paricutín*, México, Era, 1983, p. 259.

Está luego su estilo incomparable que nos adentra en la realidad con palabras justas, precisas y poderosas, a cuyo conjuro mágico nace el ambiente, las situaciones, el movimiento narrativo, con una viveza plástica que embriaga. Debo confesar que de todos los novelistas que he leído, ninguno representa en mi trabajo literario una influencia tan importante como la de Martín Luis Guzmán, por cuanto a la enseñanza que ofrecen sus formas y recursos para esclarecer lo real, para extraerle su sentido y para transformarlo en materia novelística.¹¹

Cierro comillas.

Al tenor de la cita, Guzmán sobresale en la tarea de imaginar una específica realidad nacional, la conformada por algunos de los principales protagonistas, lances y paisajes de la Revolución Mexicana estallada en 1910 (y, a mi juicio concluida, en tanto crítica de las armas, en 1917, y en cuanto disputa del poder, en 1929).

Pero, tan “incomparable estilo”, ¿no deshistoriza, no purga el referente del signo artístico hasta el extremo de disolverlo? ¿Hay un Venustiano Carranza para los historiadores y otro para los novelistas a lo Guzmán? José Revueltas parece decirnos que sí. Para el autor de *El luto humano*, los personajes de Guzmán salen de la historia; ámbito en el que incluso, cito, “quién sabe cómo queden”.

En suma, para Revueltas, cierta literatura, aunque urgida por el acontecer, se inscribe en una, digamos, atemporalidad y una aespacialidad artísticas.

¿Esto es efectivamente así? ¿Berlanga y Urbina, en manos de Guzmán, no son la misma víctima y el mismo victimario de uno de los episodios de mayor crueldad ya no sólo del villismo capitalino sino de la violencia revolucionaria?

Yo opino que sí, que la maestría verbal de Guzmán, antes que descarnar a los sujetos reales y al fusilamiento bárbaro, los profundiza y enraiza ahí donde no llegan otros instrumentos de excavación de la realidad. Más. Su ser es tan definitivo como el de los personajes nacidos de la pura fabulación novelística (de ser esto, la pura fabulación, posible).

Sin ser su intención primera, Guzmán escribe parejamente novela e historia. O mínimamente, novela y parahistoria. Así lo reconoce una voz tan autorizada como la de Álvaro Matute. Cito:

¹¹ *Ibidem*, p. 255.



Existen, sin embargo, novelas de la Revolución calificables de parahistoriografía al ser ellas relatos históricos novelados donde la trama depende de la historia y la historia es el final al que aspira a llegar la novela.

Tal es el

caso de las dos grandes novelas de Martín Luis Guzmán, así como de *Memorias de Pancho Villa* y otros relatos también debidos a la espléndida prosa del ateneísta chihuahuense.¹²

Devolvámosle, pues, credibilidad a Guzmán (a don Martín y a los de su linaje). Porque la subjetividad, la parcialidad e incluso las banderías influyen en la asunción de lo real por parte de novelistas e historiadores. Porque la realidad asumida por ambos es tanto la real como la imaginada. Porque la forma de expresión elegida por el novelista o por el historiador compromete una orientación conceptual determinada. Si así no fue la Revolución Mexicana, así pudo o debió haber sido. O mejor dicho: así es.

CAPÍTULO OCHO

Amarremos

¿Sostengo, por caso, que literatura e historia son una y la misma cosa? No. Soy temerario, pero no tanto. Lo que sostengo, más bien, es lo siguiente: en la medida en que, como observa juicioso George Steiner, la música, la pintura y la literatura llegan a hacernos experimentar el misterio de “una presencia real”,¹³ la escritura de la historia, la historiografía, nos hace experimentar, a su vez, al margen de su marca —la verdad documentada—, la fascinación del tiempo pasado (no digo perdido). El pretérito como relato, narración: presencia imaginada.

¹² Álvaro Matute, “La Revolución Mexicana y la escritura de la historia”, en *Revista Universidad de México*, v. XXXVI, Nueva Época, n. 9, enero de 1982, p. 5.

¹³ George Steiner, *Pasión intacta*, Madrid, Siruela, 1996, p. 66.



Y quizá, en efecto, ni la vida ni el pasado tienen argumento. Lo que al subrayar el artificio de la novela arroja nueva luz (luz vindicativa) sobre un subgénero histórico primitivo: los *anales*. Ni principio ni fin.

No se tome, por ende, a mero ocio o a pujas del mercado académico el incesante trasvase de técnicas y modos de ambas escrituras. Razones de fondo alimentan a categorías de sobra conocidas como la novela histórica, el neo-periodismo, la novela verídica, la historia novelada y la novela sin ficción, o por conocer como la “narrativa documental”.¹⁴ Que me disculpe mi admirado Revueltas. Yo, reducido a simple lector, afirmo que la gran novela, se declare o no realista, tiene un brazo metido en la historia en la medida que la gran prosa histórica tiene metido otro en la literatura. Aunque con diversos objetivos, una y otra reelaboran la realidad, validas de una mediación semejante: el discurso y sus leyes.

Más todavía. A lo mejor la gran literatura —toda, poesía y prosa— y la gran historiografía lo son porque apuestan no a una, sino a todas las operaciones a que se refiere el nunca suficientemente leído Alfonso Reyes: la esencia, el ser, el suceder, la estética de la realidad. La real y la imaginada, a cual más pasmosas.

¿Y las diferencias profundas?

Más allá de la cuestión de la verdad —probable en la literatura, probada en la historia—, propongo una, intuitida antes que analizada. Mientras los literatos aplazan la muerte, los historiadores la emplazan.

Concluyo.

¿Por qué, pese a que siempre han corrido juntas, ola que estalla contra otra, un desconocerse para reconocerse, el espantajo de la ciencia exacta contra el espantajo del arte evasivo, se agudizan, hoy por hoy, las relaciones entre la literatura y la historia? Conjeturo, por lo que hace a nuestro país, un motivo. México muéstrase sin riberas temporales. ¿Acabó el pasado? ¿Vivimos en presente? ¿Empezó el futuro? Pocas mediaciones como la literatura y la historia

¹⁴ Entendida como aquella que, aunque se ocupa de hechos verídicos, documentados, como la historia, los narra a la manera en que lo hace una novela con su *historia*. Véase Julio Rodríguez Luis, *El enfoque documental en la narrativa hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 15.



están en condiciones de lidiar con tamaña realidad. Por sí solas o promiscuas.

Dice:

El historiador frente a la literatura.

Debe decir:

El historiador frente al espejo.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS